

CLARO FERNÁNDEZ-CARNICERO, UN HUMANISTA Y
SERVIDOR DEL ESTADO

FERNANDO SANTAOLALLA LÓPEZ (*)

(*) Letrado de las Cortes Generales.

El pasado mes de marzo se nos fue Claro Fernández-Carnicero. Sin ocasión para despedirnos y tras una cadena de infortunios. La operación que se presentaba como su tabla de salvación se volvió en trampa mortal, y eso tras dos meses de sufrimiento. Con ello nos dejó un hueco muy difícil de llenar.

En el momento de dejar testimonio de este amigo y compañero quisiera resaltar dos facetas. Por un lado, su humanidad, manifestada en múltiples formas: en primer lugar, su entrega a los demás, producto tal vez de sus profundas convicciones cristianas. Se esforzaba por solucionar los problemas, grandes o pequeños, de los otros cuando se le pedía, y lo hacía desinteresadamente, sin nunca pretender nada a cambio. Practicaba algo no muy corriente: el escuchar al que tenía enfrente, el diálogo o comunicación entre dos, lo que le llevaba a interesarse realmente por el prójimo. Todo esto lo realizaba con llaneza, sin sombra alguna de esa altivez que suele acompañar a los mediocres en cuanto suben un par de escalones. De ahí que fuese tan querido por todos los que se cruzaban en su camino.

Además la humanidad de Claro le dotaba de una profunda inquietud por cuanto le rodeaba. Era un lector voraz, con una sed de conocimiento que le llevaba a múltiples campos. El mismo reconocía no ser especialista en nada, pero sus profundas lecturas hicieron de él una especie de hombre del renacimiento, de vasta cultura. Si sumásemos lo que sabía de derecho, de literatura, de historia, de pensamiento político pocos podrían competir con él. Era capaz de expresarse lo mismo sobre San Agustín que sobre Blanco White, sobre Tomás Moro

y Cervantes, sobre Bagehot y Savigny, sobre el constitucionalismo español y la Unión Europea. A eso se añadía su amor por las lenguas extranjeras, lo que le llevó a un alto nivel en por lo menos cuatro.

Como fuente de conocimiento, la lectura era su principal afición. Pero también participaba con entusiasmo en cuantas conferencias y foros se le ofrecían. De este modo acabó convirtiéndose en un “libro abierto”, lo que hacía que la conversación con él fuese una verdadera delicia. Sin duda uno de los mejores contertulios con los que me he topado.

Esta humanidad de Claro le llevaba a preocuparse vivamente por los problemas de España, institucionales y territoriales, sobre los que conversamos largo y tendido. Puedo dar fe lo que le dolía la deriva de nuestro país en los últimos años. ¡Él, precisamente él, que se había enamorado de Cataluña tras su primera experiencia profesional en Lérida y Barcelona y hasta aprendido catalán!

La misma humanidad le llevaba a ser un hombre recto, enfrentado a cambalaches e injusticias. Me contaba sus sufrimientos cuando a su paso por el Consejo General del Poder Judicial tenía que dar la batalla por defender lo que en principio todo el mundo suscribe en la función pública, pero que con frecuencia se olvida, el principio de mérito y capacidad. Se esforzaba por que la decisión recayese en el candidato con más méritos, olvidándose de cualquier otro factor.

Al volver al Senado desde sus servicios especiales, pude conocer la experiencia que tuvo con el presidente socialista de la comisión a la que se le adscribió como letrado de las Cortes. Tal presidente, conecedor de que había accedido al CGPJ por el grupo popular, le recibió con una cierta prevención. Mas pronto se disipó esa bruma, consecuencia sin duda de la profesionalidad y entrega de Claro. Tan es así que este presidente buscaba después su amena conversación y ¡hasta acabó trayéndole recuerdos de su región! Creo que esta anécdota es muy elocuente de esa humanidad de Claro, tan convincente, y de su rectitud profesional.

La segunda faceta de Claro fue la de servidor del Estado, desarrollada en distintos destinos. Su condición funcional no respondía

exclusivamente a la necesidad de ganarse la vida, sino también a la identificación con ese Estado como medio de lograr el progreso social. Tras su brillante licenciatura en Derecho, ingresó primero en el prestigioso cuerpo de inspectores financieros y tributarios y luego en el cuerpo de letrados de las Cortes, siendo esto último lo que me brindó la ocasión de conocerle y tratarle.

Como letrado respondía al arquetipo de jurista culto, con preparación no solo legal sino también histórica y política. Publicó importantes artículos sobre parlamentarismo, historia, derecho y religión. Siendo jurista, aborrecía del puro positivismo, del frío conocimiento y aplicación de las normas, desprovistas de un hálito superior derivado de la cultura y de los principios morales.

En fin. Recordaremos a Claro como un hombre recto, siempre llano en el trato con los demás, para el que la vida debía significar mucho más que la pura ventaja personal.

Septiembre de 2016